

CORNELIA DE LONGUE

LA MONSTRUA

Unipersonal patético para acompañamiento de viola.

DE ARIEL MASTANDREA.

Situación escénica.

Interior ruinoso de un camarín improvisado de circo.

Una mesa, una silla, grandes atados con verduras desperdigados en cajones.

Candelabros de pie. Algunos muñecos quemados y viejos alineados en el suelo. Más arriba hay otros en estantes; parecen mirar ausentes hacia abajo. Adelantándose una muñeca en una jaula.

En algún lugar las máscaras de El Sol y de La Luna.

A un costado visible, una gran caja de madera armada con restos.

Tiene unos agujeros pequeños que suponen mirillas en cada uno de los lados y una puerta cerrada con candado. Disimulada, y a ras del suelo, una puertita que articula con bisagras al modo de las entradas de animales domésticos en las casas.

El personaje.

Cornelia de Longue es la mujer barbuda del circo.

Viste una túnica roja muy amplia y guantes rojos.

Debajo, una túnica blanca.

La amplitud de las túnicas debe permitir servir de marco a las distintas unidades de Teatro de Objetos.

Algunas de estas unidades aparecen discriminadas en el texto.

Luces.

Dadas las características de la pieza, los planos de iluminación deben pensarse en la gama de los colores básicos y en saturación de motivos. Se debe lograr una atmósfera sobrecargada, asfixiante, emparentada con lo fantasmagórico.

Acto único.

(Planos de luces recortadas y zonas confusas. Avanzando desde la oscuridad. De espaldas al público. Hacia la caja.)

¿Tienes hambre? Piénsalo de este modo:

Siempre será mejor un poco de hambre que saciar el apetito con el alimento que nos dan las fieras que nos atraparon.

(Ríe bajito con ironía.)

Es nuestra forma de venganza en el mundo de los monstruos...

Detrás de las jaulas hay siempre una carcajada que nos defiende, nos esclaviza y nos orienta en el arte del verdadero comportamiento de las fieras.

Cuesta pero tarde o temprano se aprende...

¿Te parece muy filosófico? Hay que pensarlo, claro...

Para eso estás tú adentro y yo afuera. Para pensarlo...

(Ríe destemplada.)

¡La que está adentro se calla! ¡La que está afuera habla!

Fueron tus directrices, no lo olvides...

(Parece acordarse de algo. Hacia la caja. En tono de confidencia.)

¿Te parece que con dos saludos alcanza?

Nunca me convenció eso de los dos saludos... En fin...

¡Como que siempre falta algo para presentarse al público!...

(Ensayará colocación para conseguir postura escénica de presentación circense de su show.)

Tú lo sugeriste... vamos a ver...

(De un costado al otro a medida que crece la luz y con apoyatura de banda de música.)

"Hacia la derecha con amplio gesto y brazo arriba al compás de la música...."

"Hacia la izquierda, girando la cabeza y conteniendo el aliento hasta que arranque el aplauso..."

Y uno... y dos.... y uno y.... me falta... me falta...

(Se detiene. Lo intenta.) Veremos...

(Luces en plenitud. En colocación desde un punto central para emitir la proclama. Gira y muestra su rostro desafiante. Con energía.)

¡Buenas noches estimado público!
¡Tengan todos ustedes muy buenas noches!
Sean bienvenidos al Circo Las Ilusiones.
Yo soy Cornelia de Longue, La Monstrua.
Han pagado por verme y me verán.
¡Ya lo creo que me verán!
No se sorprendan. O por lo menos, no por ahora...

Cada cual tiene su negocio, cada cual sobrevive como puede...
¡Y éste es mi negocio! Pagan por ver mi naturaleza...
Que es esto que ven aquí.... por supuesto.
Mírenme y se darán cuenta.

Yo soy una cosa que no soy, o por lo menos una cosa que no parece que soy.
Escudriñen, pero escudriñen bien los signos.
No se equivoquen.
Yo no soy un hombre que se disfraza de mujer para parecer una mujer.
Yo soy una mujer que parece un hombre aunque se vista de mujer.

Veán estos gestos, esta predisposición, esta voz... mi altura... y por supuesto esto abundante que ven y muy masculino: la barba...

Yo parezco ser contundentemente lo que no soy...
Yo soy lo opuesto... ¿Les parece complicado?

(Ríe siniestra.)
Esto que ven aquí no tiene explicación.
Yo soy una aberración de dios...

No me pidan que me levante las polleras para cerciorarse porque eso no está permitido según las reglas de la moral y de las buenas costumbres, y si lo estuviera - cosa que habría que revisar por contrato, y que dudo porque aquí no hay contrato, y si lo hubiera tendría que ser con otro sueldo y en otro circo - lo que verían sería más tremendo de lo que suponen y no están preparados para soportarlo.

Nunca se está preparado para lo maravilloso y los burgueses no están preparados para lo extraordinario.
¡Maldición! ¡Pagan demasiado poco!

¡Tendrían que pagarme una verdadera fortuna para que yo me mostrara tal cual soy ante ustedes; pero no, no es el tiempo ni el lugar y claro, a mí no podría tocarme esa suerte!

(Con apoyatura de música de redoblante para remarcar con énfasis.)
¡Yo soy el odio de dios!
(Descansa. Se sienta en aparte. Con angustia.)
¿Viste? Te lo dije... Para mí que faltan como dos tiempos en la entrada.

Y cuando llego a la parte de dios me desmorono...
En fin, una letra complicada...

(Hacia la caja.)

¿Qué opinas?

Sí yo sé que es cuestión de fuerza, de energía... pero a mí lo que más me gusta es la parte lírica... la rara, que es la que tengo menos ensayada.

(Se levanta cansada. Toma un muñeco disfrazado de angelito. Lo manipula en seguimiento de texto alrededor de las figuras mudas del asombro, la curiosidad, el afecto y la estupefacción.)

"Los ojos son la ventana del alma".

Cuando uno lo oye por primera vez suena muy bonito, después la mente se acostumbra y se descubren los intersticios de la miseria.

La pregunta está dirigida a los optimistas, a los que creen que saben:

(Dirigiéndose alternativamente al público y al muñeco.)

Si existe el alma, ¿lo que ven los ojos es la verdad?

Esto que tu ves, ¿qué crees que es?

¿Hay que creerle al ojo? ¿Acepta el alma la información que le da el ojo?

¿Lo feo es siempre malo?

¿Tan ingenua e ignorante es el alma? ¿Es eso bueno? ¿Es eso la verdad? ¿Estás seguro de eso?

¿Y de quién es esa verdad? ¿Tuya?

¿De dios o de los hombres?

(Se interrumpe pensativa. Con cambio de giro.)

La verdad... Pero por favor, ¡a mí con la verdad! ¡Puro texto de circo!

La verdad no tiene nada que ver ni con ventanas ni con almas, ni con un circo lleno de pulgas, ¡tiene que ver con la pituitaria!

¡Ni dios puede con eso!

(Toma un cuchillo de la mesa. Lo anima como objeto de intriga, agresión y suspenso.)
Siempre hay algo adentro de tu propia naturaleza que te amenaza.

Cuando yo era chica mi madre me llevó al médico.

Recuerdo perfectamente lo que dijo:

"El problema es su pituitaria. Crece demasiado afuera de la silla turca."

Yo me imaginé siempre a la pituitaria como una jaula que crecía sentada en una silla de dentista.

Pero él me dijo que no, que la pituitaria tenía forma pequeñita de lenteja.

"Como una lenteja dorada..."

Y ese secreto de mi naturaleza se clavó para siempre en mi corazón...

(Aparte. Con cambio de giro. Hacia la caja y con rabia.)

¡Por eso he odiado siempre los jueves, el verde y las lentejas!

¿Me oíste?

¡Dije que me falta tiempo para la salida! ¡Así que piensa en algo y pronto, porque lo que es yo, no estoy dispuesta a hacer papelones con el público!

(Se dirige a la mesa clava con fuerza el cuchillo en una madera.)

Cuanto más concentración, más profesionalismo.

(Hacia la caja)

Hoy realmente estás exagerando con la concentración.

No has dicho nada desde hace un buen rato. A ver.

(Se acerca a la caja. Atisba por los agujeros.)

No se te ve bien, mi querida, estás pálida y demacrada.

¿Te sientes bien?

Sí, yo sé que me preocupo demasiado... Que pregunto demasiado...

¡Pero qué sería de nosotros si yo no me preocupara!

Tengo que estar en todos los detalles. Solucionándolo todo.

¡Las croquetas! ¡Fueron las croquetas!

Yo te dije: "No comas croquetas antes del show..." y tú no, claro.

Sólo por contradecirme te comiste las ocho croquetas de queso rellenas de salsa agria. ¡Y así se te ve ahora!

¿Quieres que te diga cómo se te ve? ¿Quieres saberlo de verdad?

Verde.

Se te ve verde. Espantosa.

La cara marchita por los retorcijones del queso.

¿No querrías un analgésico? ¿Un bajativo? ¿No?

Bueno, allá tú. ¡Qué me puede a mi importar!

Nada, por supuesto.

(Apartándose de la caja)

Si quieres "concentración radical" pues sea, concentración radical.

Después de todo fue tuya la idea.

"Hay que tener una hora de concentración antes del espectáculo".

Y como no había espacio por ningún lado y todo estaba atestado de gente: La Caja.

Tu invento.

Que es esta que está aquí, contigo adentro, o por lo menos eso supongo.

Si es que todavía respiras.

"Hay que aislarse del mundo para concentrarse en las propias fuerzas".

Eso decías. Y también esto otro:

"No importa si el mundo se derrumba, pero hay que concentrarse en el hueso del propio negocio. Sólo así se sobrevive. Cuidando el hueso"

Y nosotros como bobos, atendiendo tus discursos, diciendo que sí, peleándonos por entrar adentro de "eso".

Con el tiempo, en el Circo Las Ilusiones cada cual se consiguió su propia caja como pudo y en mi caso, hasta tuve que sortear y darle por turno, dado que compartíamos la misma tienda.

Tú y yo, Gloria en esta miserable covacha.
Las dos prontas para "cuidar el hueso", adentro de "eso".

(Pausa. Se dirige a la muñeca que está encerrada en la jaula.)
¡Claro que hablo mucho! Esa es mi tarea.
Sucede que no tengo tiempo para ser breve...
¡Maldición!

(En aparte.)
Últimamente me muevo entre dos conflictos. La necesidad de olvidar a causa de la muerte del circo y el deseo de recordar movido por la nostalgia del circo... ¿Vaya problema no?

(Desde el centro y tomando posiciones con grandes gestos.)
¿Y todo por qué? El Progreso...

¡Se oyen tantas cosas en cuanto a la transformación tecnológica de los espectáculos!
Que si las luces. Que si el sonido. Que si los efectos especiales...
Sobre todo muchos efectos especiales... humo y esas cosas...
Todo el mundo discute, todo el mundo está lleno de nuevos trucos y nadie sabe para qué. Faltan las ideas. Es eso.

Yo a estas alturas ya sé lo que me conviene y cuál es mi negocio.
Yo soy de otra época y no creo en exageraciones.
Todo es lo mismo.
Que de eso se trata: sentido de la ubicación.
Y no equivocarse...
Después de todo nunca quise morir electrocutada por no saber ubicarme generacionalmente adentro del negocio...

Como Iván el Terrible, pobre, que dios lo tenga en la gloria, el tragafuego.

Cuando quiso cambiar de tecnología, ideó un show con el láser.
No iba a tragar fuego. Iba a tragar láser.
"Con o sin, hay que adaptarse a los nuevos tiempos" - decía.
Pobre. Eligió mal la fecha de su debut...
Una noche que llovía y había viento... y ni público había.
Enchufó aquello, hubo como un rayo, un cortocircuito y JUAZZ!!!...
No quedó nada.
Apenas una tierrita leve de Iván el Terrible...
Y ni eso...

No hubo ni velorio, ni entierro porque había viento.

"Lo que el viento se llevó".

¡Qué noche dios mío! Estábamos todos consternados y nadie sabía qué hacer; se volaron las carpas; los cables de la electricidad; se soltó Daisy la elefanta que andaba a los bramidos y atropellándolo todo.

Blanca Nieves - que era la novia de Iván el Terrible - salió hecha una loca de dolor desesperado y se internó en la tormenta, los desastres de la tormenta y tras ella, claro,... los Siete Perritos, todos fuera de control y a los ladridos en medio del ventisquero.

Todo muy lamentable.

A Tatiana, la perrita caniche se la comió una hiena aprovechando la oportunidad.

Naná, la chihuahua, voló por los aires y se estrelló - cosa rarísima - contra una sinagoga.

A pesar de que Daisy era una elefanta muy buena, muy dócil, era miope la pobre y no vio a Blanca Nieves, ni a Titina, la perrita pequinuesa, la que se mareaba cuando bailaba en su bicicletita.

¿La recuerdan? Por supuesto, eran muy queridas muy publicitadas...

Todo definitivamente puré.

Así que perdimos en una sola noche de desastres, no sólo a "Iván el Terrible, el Zar del fuego", sino a "Banca Nieves y los Siete Perritos", que eran muy buenos shows los dos.

¿Y todo por qué?

¡Por querer avanzar en el mundo de la modernidad!

Para mí esa es la fecha del comienzo de nuestra decadencia.

A partir de allí nada fue lo mismo, todo fue peor.

Lo recuerdo clarísimo. ¡Un jueves tenía que ser!

(Preocupada en aparte)

¿Jaime habrá solucionado el problema de su alita izquierda?

Espero que sí.

La otra noche se le enredó en la barba, pegó un tirón y voló el alambre que sostenía su alita izquierda.

Hubo como una lluvia leve de plumas y después el tintineo de unas lentejuelas azules...

Yo quedé como pasmada ante aquel signo raro.

Sucede que siempre estoy alerta ante los presagios, vigilo el aire cargado de símbolos...

Sobre todo los que tienen forma de ala.

Que son los del negocio.

Jaime el enano. Mi socio en el show del circo.

Mi "partenaire", como dicen los franceses.

Con él comparto no sólo el show, sino el destino de nuestra propia naturaleza. El gremio...

¿Y todo por qué?

La pituitaria.

Los dos somos de la pituitaria que está mal sentada en la silla turca.

Pobre, la de él sí que está mal sentada.

Mide uno veinte y ni llega, se trepa - por así decirlo - a la silla turca.

Jaime se disfraza de angelito con un par de alitas doradas, tiene un traje precioso de raso amarillo todo bordado con tul y lentejuelas de colores.

Y el halo con estrellitas eléctricas, claro, que es la única concesión a la tecnología que aceptamos.

A pilas.

Se apaga y se prende. Se apaga y se prende...

Todo precioso... con los cachetitos rosados que yo le pinto parece un angelito de las madonas italianas.

Pero enano.

(Hacia la caja)

Aunque admito que tú, mi querida, lo maquillas mejor que yo.

Eso sin duda. Siempre tuviste más paciencia, más arte con los afeites.

Es cuestión de pulso firme y de naturaleza, quizás por eso mismo a veces se te va la mano y me lo dejas hecho un espantajo. Un engendro.

Así que no, ya lo pensé.

Hoy lo voy a pintar yo.

Estoy de buen ánimo y la culpa será mía si algo sale mal.

Después de todo yo sé apreciar las virtudes ajenas y reconocer mis defectos.

Yo sé, yo sé... resulta innecesario que me lo reclames con tu silencio.

Todo el mundo sabe que nuestro éxito se lo debemos a ti.

Fue tuya la idea... La letra. Mi traje. Los accesorios. Mi papel...

¡Mi papel!

(Ríe)

En eso Jaime y yo siempre estuvimos de acuerdo:

"Gloria nos dio la pauta. Ella es nuestra creadora escénica.

Nuestra madrina. ¡Nuestra Gloria!"

Y por supuesto siempre te hemos demostrado nuestro agradecimiento.

¿O no? ¿Los regalitos? ¿Los mimos?...

Dije:

"Jaime y yo siempre te hemos demostrado nuestro profundo y...

(Ríe)

¿Entusiasmado? ¿Rabioso?... ¿Ingenuo agradecimiento?

¡A quién otra se le podía haber ocurrido algo tan siniestro!

A ti, claro.

Había que ser muy infernal, odiar a todo el mundo por igual para imaginar algo tan horriblemente malvado.

En fin, un verdadero éxito.

Repuntamos en dos semanas y llegamos a ocho puntos.

Que es lo máximo que Jaime y yo hemos llegado a tener en el negocio del circo.

¡Ocho puntos! ¿Y todos gracias a quién?

A ¡"La Divina Gloria, la Ninfa del Aire"!

(Parece recordar algo. Va hacia los candelabros de pie.)

¡Ya me olvidaba! "Hay que encender las luces, crear un ambiente mágico para fortalecer las fuerzas y la concentración. "¡Si me acordaré! ¡Ja!

(Comienza a encender las velas mientras va acompasando el discurso.)

Aunque claro, la luz no siempre me trae buenos recuerdos... eso tú lo sabes.

(Pausa. Retoma con murmullos inaudibles y variaciones onomatopéyicas.)

- "No gaste en experimentos" - le dijo a mi madre una tal Julieta Arévalo, que era su asistente por aquellos días.

El circo marchaba tan bien que hasta había asistente de pista, asistente de trapecio, asistente de fieras, asistente de actos de magia y Julieta Arévalo, asistente de boletería.

"No gaste - le dijo - pruebe con el fuego. Lo que se quema tarde o temprano muere. Pruebe primero con fósforos, o quizás también con una vela. Yo me quemé los pelos de las piernas con fósforos. A veces, cuando no tengo más remedio, amenazo al bigote, pero éste ya sabe a qué atenerse y teme las consecuencias. Hay que tener cuidado, claro, pero con paciencia y experiencia se puede. Hay que experimentar un poco. Matar la crencha...".

Recuerdo eso: "matar la crencha..." y la cabeza de pájaro con pico largo de Julieta Arévalo asomándose por una ventana. Y CAU-CAU-CAU...

Una noche de verano en que las cosas se achicharraban de tanto calor, mi madre me sacó al patio, me desnudó y comenzó a bañarme en una tina. Recuerdo el olor del jabón tan rico y con un lejano olor a violetas; recuerdo el cielo allá arriba y un enjambre de estrellas como perdonándolo todo; las jaulas de los leones asfixiados; el humeante vapor de los charcos de orines de los mandriles...

La noche toda que se desbordaba de luciérnagas...

Pero, por sobre todo, recuerdo, por detrás de la mano de mi madre que me enjabonaba, el fatigado cuello de dos jirafas balanceándose, hartas de tanto calor, enredadas como un jeroglífico raro, dibujando cosas en el aire estupefacto de la noche.

Mi madre empezó con las piernas.
Primero fue un fósforo. Después fueron tres, cuatro fósforos...

Y aquello parecía dar resultado. Un olorcito como a chamuscado...
-"Fíjate, mi querida, se muere".
Primero una pierna y luego la mitad de la otra. Una rosada y lisa, la otra como esperando noticias de liberación.
-"¡Se muere, se muere!". Mi madre que se entusiasmó.
Y tanto se entusiasmó que se le acabaron los fósforos.
Entró al carromato, fue y volvió con unas velas.

¡Qué tiempos! Por ese entonces hasta teníamos carromato, un trailer con cuchetas, cortinas con voladitos a cuadros y cocinilla a querosén.

Mi madre que prende la vela.
Comienza a pasarla por el resto de pierna que quedaba.
Más olorcito a chamuscado, un lejano ardor que no sé de dónde venía y que me subía desde abajo.

Pasa que te pasa... y todo muy bien. Todo muy bien con aquel ardor y aquella angustia de las dos piernas que me quedaron preciosas, rosadas...tersas...
¡Increíbles!

Mi madre que se entusiasmó más todavía al ver aquello.
Como una loca prendió otra vela.
- "Ahora por la espalda, mi querida."
Yo sabía que mi madre iba a continuar por la espalda. Era la parte de mi cuerpo con más pelo, un lomo como de nutria salvaje, negro y lustroso.
La parte de mí que más odiaba.

Yo vi a los dos jirafas en medio de la noche, cabeceando por detrás de un cerco iluminado por las estrellas." Tan raras dios mío, con su tristeza a cuestras..."

- "Ya vas a ver mi querida como lo matamos".

Vi un bostezo enorme, un cansancio enorme de calor. Un ardor como desde adentro que me escamaba, que zigzagueaba, que ardía por detrás.
- "Vamos a intentarlo con otra vela". Hubo como un chisporroteo... y luego otro... Vi dos farolitos tristes y rojos que colgaban de algún lado. Vi las jaulas adormecidas de las bestias y los carromatos adormecidos de los hombres. Vi un resplandor, no sé si por delante o por detrás, una luz en el centro de una pompa de jabón y yo que me caía en un el cielo perfumado de violetas para siempre...
Oí un grito al final...

Y me prendí fuego.

Mi madre fue eficaz.

Logró lo que se proponía. Mató la crencha.
Quemaduras de tercer grado. Todo a lo largo de la espalda, desde el cuello hasta la nalga derecha que se me carbonizó.

Una llaga viva.
Estuve tres meses al borde de la muerte. Pero sobreviví.
Los monstruos sobrevivimos siempre.
Después de la llaga me salió una costra toda atigrada, lustrosa y fría; dura como la caparazón de una cucaracha.
Mi nueva espalda era como una réplica feroz de la otra.

Como una advertencia. Como una maldición.

¡Cómo me picaba dios mío! Yo trataba de meterle un palito entre los intersticios para rascarme, pero no había caso, no se despegaba.
Con palito o sin palito no alcanzaba para llegar al corazón de mi espalda, el centro de mi odio que me picaba.

Cada vez que hace calor me acuerdo.
O cuando veo una cucaracha... o es jueves.

Así fue. El asunto de la espalda.
Nunca más me creció un solo pelo allí.
La tengo como un cuero.

Todo liso, desnudo, calloso y duro por las cicatrices.
Y los nudos... claro.
¿Soy demasiado explicativa?
Porque desde entonces no puedo girar la cabeza.
O por lo menos, no toda.
Debo moverme como un trompo, cuidando el eje, los nudos que se formaron con los tendones del cuello.
"La Moña" - como dice Jaime -.
Pero ese es otro problema y casi no se nota.
Tampoco puedo dormir boca arriba, los dolores me parten el espinazo.
Tengo que hacerlo de costado. Por el eje. Cuidando siempre el eje.
Es difícil claro. Todas las noches y de costado, dele que dele tratando de espantar el insomnio, la duermevela y la ciática con la tercera vertical que empezó hace como cinco años.
Pero eso tampoco se nota. A la "Moña" yo la domino.
¿A quién le podría interesar andar escudriñando debajo del camión de una monstrea?
Por supuesto que no.
A nadie le interesa. No se usa.

(Hacia espectadores.)
¿Les gustaría que les mostrara la espalda?

Por supuesto que no.

La gente que viene a los circos paga por ver la desgracia ajena encerrada en jaulas o fuera de ellas... Y dentro de ciertas distancias, ciertos límites.

Y hay un límite para todo, inclusive para la desgracia.

Cuando uno traspasa los límites deja de ser un espectáculo.

Nosotros los artistas sabemos de eso.

Sucede que yo he inaugurado un género nuevo. Así como me ven...

Yo no soy un ser lastimoso, un ser esperpéntico; una caricatura forzada a ser aniquilada por la mirada del público. No.

Ese es el grotesco. Que es un género como cualquier otro...

Yo no, yo he superado el grotesco...

Yo soy patética. Mi límite soy yo misma.

¡Ese es mi negocio!

Una monstra patética.

Recuerden eso.

(Hacia la caja de madera)

Yo sé, yo sé que lo has escuchado un millón de veces.

Es cierto, últimamente me estoy repitiendo. Pero sabrás disculparme.

Hoy decididamente estoy de buen ánimo. (Pausa)

A propósito, ¿no será precisamente por eso que hoy estás tan callada?

Hoy no se oyen ninguna de tus lamentaciones.

No se oye nada allá adentro.

(Pensativa hacia un costado)

¿Cuánto faltará para dar inicio de pista?

Desde que perdimos el reloj es tan difícil ubicarse con la hora...

Tan difícil...

(Otra vez hacia la caja. Con rabia.)

Dije: "Desde que perdimos el reloj es muy difícil saber cuándo diablos nos toca salir allá afuera a enfrentarnos con las fieras".

¿No te recuerda nada eso, mi querida?

Pero tú claro, no te das por aludida. ¡La niña bonita!

¿A quién le tocaba cuidar, mejor dicho, lucir el reloj con las piedritas aquellas que relucían... y que nos daba las útiles horas? A ver, ¿a quién? No te hagas la desentendida...

No te queda bien hacerte la sonsa, Gloria, ¡ese no es tu negocio!

(Atisbando a través de los agujeros. Con interés.)

¡Pero qué es eso, otra vez estás masticando pastillas!

¡Te quedan los dientes verdes con el eucalipto!

¡No te dije una y mil veces que eso te pone nerviosa antes del show!

¡Que le hace mal a la concentración y a los dientes!

¡Los dientes, mi querida, los dientes y la sonrisa de muñeca que tienes que desplegar como una vela de barco allá arriba!

¡Las piernas preciosas que tienes que mostrar para que a todos se les caiga la baba y aplaudan!

¿Aunque todo se hunda a ti no te importa nada no es cierto?

No te importa que el circo se caiga a pedazos, que no haya trabajo para nadie... Tú siempre allá arriba, en la estratosfera... meciéndote entre las nubes rosadas...

Decididamente no te importa nada de nada.

¡No tienes conciencia gremial!

(Se dirige hacia la jaula de la muñeca. Recordando como un juego.)

¡Me regaló un reloj! ¡Adán me regaló un reloj!

¡Fíjate qué bonito que es!... Cómo brilla con las piedras que tiene...

Como diamantes que parpadean en sus segundos y en sus minutos alrededor del ojo del tiempo...

¡Qué contenta que estoy! Nadie nunca me ha hecho un regalo semejante...

Yo estaba radiante, enormemente feliz.

Fui y se lo mostré, lo admiró:

"Es la más hermosa joya que he visto. Te lo tienes muy merecido".

Eso dijiste. Y también esto otro: "Muy buen gusto y exacto para una persona especial".

(Hacia la caja)

Lo de "persona especial" ahora me suena en "su" verdadero sentido, ¡no creas que soy idiota!

¡Ja, una joya! ¡Sí claro una verdadera joya!

(Aparte)

¡Una baratija con piedritas de vidrio que brillaban! ¡Una sonsera! ¡Eso era aquel mamarracho!

(Gira y retoma en tono de ensoñación exaltada.)

¡Qué divino el reloj! No sabía qué hacer con él, si ponérmelo, si guardarlo... si... qué cosa que se me ocurriera y pronto porque del mareo que me provocaba de felicidad yo no estaba para perder tiempo; podía salir corriendo como una loca y estrellarme contra el primer muro de jaulas que encontrara.

(Queda fija. Ausente.)

¿No quieres que te lo preste?

(Hacia la caja. Con giro imperativo y rabiosos.)

¡El reloj que me regaló Adán, no quieres que te lo preste!

(Pausa.) En fin...

(Hacia la muñeca que está en la jaula. En tono grave, engolado.)

"Te colme la felicidad o te abrume el sufrimiento, el corazón necesita siempre de un segundo corazón. La alegría que se comparte es doble alegría, y el dolor repartido es medio dolor".

Así reza el dicho. No debes olvidarlo, mi querida...

Después de todo se va hacia la soledad como se camina hacia el peligro, por falta de imaginación. Siempre es lo mismo.

Ya sé, ya sé... no debes recordármelo, yo también tuve mi parte de culpa en todo esto; pero es que llegué a un punto en que descubrí que lo más aburrido de la soledad es que tarde o temprano uno se acostumbra.

Y empieza a repetirse... y se repite y se repite... con la parte con que uno se acostumbra, que es la más muerta.

(En aparte)

Por eso confié tanto.

Tenía miedo a que fuera verdad tanta mentira.

Y un segundo miedo: miedo a descubrirlo...

(Retoma frente a la muñeca de la jaula.)

Hoy no te voy a dar de comer, ni te voy a sacar a pasear, ha sido demasiada confianza y te puede caer mal al estómago.

No debes deprimirte, ni amargarte ¡y mucho menos demacrarte!

Nunca se debe saber mucho, esa es la conclusión...

(Comienza banda de música con acompañamiento de viola.

Toma la máscara de El Sol y comenzará a animarla haciéndola aparecer lentamente desde el centro y alrededor de las velas encendidas del candelabro.)

De pronto, en medio de la noche, apareció alguien que era generador de toda vida, de toda luz... Con su calor se calentaba la esperanza.

Un día llegó al circo Las Ilusiones el hombre más hermoso del mundo.

Su rostro era tan luminoso que dolía mirarlo...

(Se tapa los ojos con cansancio.)

Uno no debe mirar de frente a la luz, demasiada claridad ciega...

(Retoma.)

Su nombre era Adán...

Tenía ese raro oficio que suelen tener algunos hombres, el de jugar alrededor de las sombras peligrosas del abismo.

Era trapequista...

-"Buenos días Cornelia". "Buenos días, buenos días..."

-"Buenos días tenga usted..."

(Toma la máscara de la Luna y la animará en oposición de motivos en una suerte de danza alrededor de la máscara del Sol y de las luces de las velas.)

Y entonces apareciste tú...

Desde el otro lado de la oscuridad, desde lo más profundo de las fuentes de la noche...

Allí estabas igualmente resplandeciente.

Igualmente hermosa con tu traje verde de lentejuelas minerales.

- "Buenas noches Cornelia." "Buenas noches, buenas noches..."

- "Buenas noches tenga usted..."

En la perfecta geometría de el día y de la noche,
girando en nuestro cielo pintado con estrellas de circo,
el encuentro en el trapecio de dos astros lejanos y perfectos...

(Se acerca a la jaula con la muñeca y continúa la danza.)

- **"Buenos días pequeño ser monstruoso e indefenso..."**

- "Buenos días, buenos días tenga usted..."

(Deja las máscaras en un costado con rabia.)

- "Buenos noches desgraciados y perfectos ángeles de la muerte.

- "Buenas noches, buenas noches tenga usted..."

(Toma en sus manos dos huevos. Dirigiéndose a uno de ellos.)

He aquí la célula perfecta, única e irrepetible.

En su centro se encuentra el secreto de toda vida... de toda ilusión...

(Comienza a animarlos.)

Un hombre y una mujer...

Siempre es un misterio: la magia de dos cuerpos que se acercan y se alejan...

(En representación de dos trapecistas en el juego peligroso del equilibrio sobre el trapecio.)

¿Cuánto deberán acercarse para no escapar?

Los extremos se juntan al impulso de dos velocidades.

Se tocan y se alejan... apenas se rozan...

(Comienza banda de música lejana con motivos circenses de acompañamiento de show de trapecio.)

En la distancia exacta entre lo real y lo irreal, la vida se suspende en un extraño equilibrio.

Es tan frágil todo, tan vulnerable, apenas un hilo breve sosteniéndose sobre el agujero de la muerte...

(Banda de música con redoblante en expectativa que da inicio al salto de un trapecio al otro.)

¿Vale más sostenerse y avanzar hacia el abismo?

¿O es necesario esperar la oportunidad de un nuevo encuentro?

¿Resistirá la red que nos sustenta?

(Banda de música en apoyatura a inicio de salto y posterior acompañamiento de aplausos al finalizar el salto.)

El riesgo tiene sus méritos propios y también su sueldo.

(Deja los dos huevos a una distancia de un metro y medio en posición de descanso sobre un soporte. Quedan iluminados y como a la expectativa.)

¿Cuántas veces lo hemos conseguido? ¿Cuántas veces seguiremos intentándolo?

(Toma las máscaras del Sol y de la Luna. Las anima con apoyatura de música.)

En toda vida hay un momento fantástico, brevísimo, incoloro...

en que por fin se da el encuentro entre lo que eres y lo que crees que eres... Entre lo que sueñas y las formas del soñar...

En el exacto límite de la luz y las tinieblas, las dos miradas se conocen por primera vez en una esquina de la realidad...

Y se saludan.

Se entusiasman, se estrechan la mano emocionadas...

intentan dialogar...

Y no se comprenden. (Saludando a la jaula con la muñeca.)

Vienen de diferentes territorios.

Las palabras son idénticas pero proyectan en su acto de magia,

Ideas diferentes sobre un telón pintado de circo.

Y el circo estaba a oscuras...

(Se las arregla para hacer aparecer a dos muñecos por detrás de las máscaras que desaparecen. Los dos se ven siniestros. Agresivos.)

... Y era inmenso en medio de la claridad de la noche...

(Comienza a animar a los muñecos con voces chillonas.)

-¿Qué es lo que estás haciendo monstrua peluda?

- No la distraigas que está cosiendo unas calcetas para el enano.

-¿Eso está haciendo? ¿Una cosa tan boba?

- Mira lo que tengo aquí, monstruita, mira...

-¡Pero qué es esto! ¡Qué hermoso reloj que tienes! ¡Cómo brilla!

- Me lo prestó la osa de la jaula, pero ahora me lo voy a quedar.

-¿No se lo vas a devolver? (Risas.)

-¡Me lo voy a quedar! ¡Por más que chille no se lo voy a devolver!

- Haces bien, los monstruos no pueden tener cosas tan bonitas.

- Vayamos a escondernos en aquella oscuridad...

-¡Sí, si, vayamos! ¡Ya no soporto más el olor de esta claridad llena de monstruos!
- Apaga la luz y hagamos nuestras cosas sin que ella se entere.
-¡Ya la apagué!

(Risas y zangoloteos. Termina manipulación de los muñecos que quedan abrazados en un costado iluminado.)

En algún momento me di cuenta que Adán podía amarte. ¿Cómo no iba a hacerlo? No había posibilidad de escapar allá en lo alto, entre las luces del trapecio, la llamarada verde de tu traje y el vértigo de los aplausos...
Era una trampa perfecta...

(Hacia la jaula de la muñeca.)

Entonces me di cuenta que yo quería ocupar tu lugar.
Yo quería ser "Gloria". ¿Podrás disculparme?

De alguna forma había quedado atrapada en ese espejo donde tu cada noche te mirabas para maquillarte los ojos.
Y eran precisamente esos ojos los que veían a Adán y podían conseguir la mirada que volvía enamorada.

Yo quería ver a través de esos ojos el encuentro... si hicieras con él el amor, yo gozaría por ti, Gloria.
En mi cuerpo...

Pero no fue como yo lo pensaba...

"Cuando la carne no llama a la presa uno no se puede agarrar a la vida".
De eso se trata, agarrarse a la vida... no lo olvides nunca, mi querida.

Yo los amaba a los dos... en silencio, con esa forma insoportable que tenemos los monstruos de amar... perdonándolo todo...

(Retoma fastidiada y con ironía.)
O casi todo...

(Aparte, mientras se va colocando otra vez sus guantes rojos.)
A veces hay accidentes... Cosas terribles, claro...
Pocos pero los hay. Como el desastre del Circo Las Ilusiones hace dos años.

(Hacia la muñeca que está en la jaula.)
¿Lo recuerdas mi querida Gloria? No puedes haberlo olvidado.
Por ahí empezó nuestra decadencia. Ese fue el comienzo de todos nuestros pesares.
Las cosas verdaderamente graves llegan siempre sin anunciarse.

La tarde de aquel sábado...

(Se adelanta. De un costado a otro con grandes gestos nerviosos.)

Yo sabía que algo iba a salir o muy mal o muy bien, lo supe por los signos en el cielo, las formas en las nubes interrogantes entrando en la noche.

Los leones y los elefantes estaban inusualmente nerviosos... y también las hienas con sus carcajadas.

(Con ironía) Pero de eso nos dimos cuenta mucho tiempo después.

(Retoma frente a la jaula) No lo olvides nunca, Gloria, se tarda demasiado tiempo en cambiar de show después de eso y primero hay que acostumbrarse a la idea. Duele, claro, uno está hecho pedazos, pero no hay más remedio.

(Se dirige otra vez hacia donde están los huevos. Comenzará a animarlos muy lentamente.)

¿Por qué estaban tan nerviosos aquella noche?

Siempre habían sido excelentes profesionales.

Ella tan hermosa enfundada en su traje verde iluminado de lentejuelas...

Él, tan dorado en sus músculos perfectos... como un dios.

(Comienza banda de música con los motivos circenses del acto del trapecio, pero esta vez más fuerte. Los trapecistas suben por la escalera.

Toman colocación y se mecen.)

Yo sabía que no debía mirar, pero miré.

Vi aquellos dos cuerpos que se llamaban en medio del abismo.

(Con banda de música en apoyatura de expectativa de salto.)

Y nunca me pareció tan profundo aquel agujero, nunca tan negro el oscuro pozo.

(Con desesperación y a juego de simetría con remate de música.)

Tuve miedo, no sé si antes o después, hubo como un salto.

(Los trapecistas se abrazan en el aire)

Algo que se desmoronaba a los gritos en un cielo de luto y...

(Suelta los dos huevos que se estrellan contra el suelo)

Él murió instantáneamente.

Ella se partió en dos. Se desfondó.

(Se los queda mirando por un momento. Absorta. Pensativa.)

Se había aflojado el eje central del trapecio... y también la red de sustentación... Un terrible accidente inexplicable...

Tres días después encontré un trozo de cerebro de él pegado a la puerta de mi carromato.

(Con furia aplasta con el pie uno de los dos huevos.)

¡Me pedía explicaciones! ¡Aquella cosa que alguna vez había mirado mi corazón, ahora era un escupitajo rojo!

(Levanta el otro huevo que se va deshaciendo entre sus manos.)

La maravilla de aquel cuerpo volviéndose líquido... informe...

Jamás pensé que fuera tan liviano, tan frágil en su desgracia...

Parecía mentira.

Pero no era mentira.

Como un acto de magia miserable en un circo de cuarta categoría,
se fue abriendo paso como pudo desde lo desfondado de su cuerpo...

Y sobrevivió.

(Va hacia la mesa, se limpia las manos enguantadas con un trapo.

Se saca los guantes y hace con esos materiales un envoltorio.

Anima como si fuera un bebé. Lo acuna en su regazo. Como ausente.)

Se fue armando, sosteniéndose hasta que volvió...

En medio del centro de la noche, ahora era tan sólo una mancha negra que emergía
hacia otra oscuridad...

Y no lloraba.

Y no reía.

(Retoma el temple. Mete el envoltorio en una olla.

Olfatea algo y coloca la tapa. Contenta. Se restrega las manos en confianza.)

Y terminado el show, había que empezar a pensar en...

¡Otro show...!

(Hacia la caja.)

A propósito, tanto hablar me dio hambre.

¿Qué tal si preparo algo para comer?

Algo sano, sin aditivos y sin grasas como a ti te gusta...

Te ayudará para bajar el peso de las croquetas... y te borrará el verde del eucalipto.

Todo el asco.

Una ensalada... ¡Eso...!

(Se pondrá un sucio delantal. Colocará un balde con agua a un costado.

Comenzará a sacar de los cajones diversas verduras: repollos, zanahorias, tomates,
acelgas, grandes trozos de zapallo, cebollas y cebollines de verdeo, todo en grandes
cantidades.

Los colocará sobre la mesa.)

¡Cómo te gustaban las verduras!

¡Qué tiempos!

Abrías tu linda boquita y engullías como un avestruz...

Tragabas como un pozo sin fondo reventando hasta la última acelga.

(Irá sacando implementos de cocina: tenedores, grandes cuchillos, tijeras de
desguazar y un hacha de carnicero.)

¿Lo recuerdas?

El Circo Las Ilusiones era tan joven que parecía recién inventado...

¿Y quiénes éramos los reyes?

(Irá organizando un verdadero caos sobre una tabla de madera en la mesa.
Mantendrá vigilante una palangana a su costado con picardía.)

No eran los magos, ni los saltimbanquis, los monos o los payasos...

No. Eso era sólo el relleno... con los tigres y las panteras.

Todo relleno... También el trapecio era el relleno... para espantar las moscas en el afiche.

(Parece dudar. Hacia la caja)

Bueno, lo admito, eso fue sólo una exageración. Pero en fin...

Lo del afiche...

(A partir de este momento irá desde un tono evocativo y ambiguamente distante, hasta un crescendo de energía y rabia mientras va manipulando y animando agresivamente las verduras junto con los instrumentos de cocina.)

¡Qué tiempos cuando los monstruos éramos los verdaderos dueños del circo! ¡Qué fiesta!

La gente pagaba por ver nuestras deformidades, la carne extravagante de nuestros aberraciones y desdichas.

Adentro y fuera de las jaulas teníamos por lo menos el derecho a ganar el sustento con el sudor de nuestras propias - diríamos - plusvalías.

Porque ahora ni eso... Ni podemos dejar que nos exploten como a los otros obreros. No está permitido. Es lo que se llama " el asco ético"...

(Con tono evocativo y feliz)

¡La Edad Dorada del Circo!

La Edad Dorada de los Monstruos...

Los había de todo tipo y condición.

(Lanza un chorro agresivo de agua sobre los elementos y comienza a apartar y a agrupar algunos.)

Seres con cara de rata, de caimán, o de chacal.

Seres hidrocefálicos de enormes cabezas bamboleantes.

Seres cuadraplégicos que corrían en carritos.

Seres siameses unidos por la cadera o el cerebro.

(Toma un gran cuchillo y asestará golpes violentos sobre las verduras)

Cortados en pedazos grandes...

Seres jorobados en zancos; en triciclos.

Seres con dos anos y tres tetas; humanoides con masa encefálica y sin masa encefálica. Disfrazados de payasos...

Desguazados, trozados al golpe...

Seres amputados por accidentes; con aparatos ortopédicos y sin aparatos mostrando sus muñones. En medio del humo y de la magia del circo...

Triturados... cortados...

Seres babeantes, sudorosos, excrementicios; con pieles de tigre o de batracio. Con pústulas o granos imposibles del tamaño de un puño.

(Toma un hacha de carnicero y asestará golpes y cortes.)

Seres hermafroditas; trogloditas; transexuales.

Seres desfondados en su último agujero, con garras, crestas, lomo y rabo negro.

Seres abandonados desde su nacimiento, absolutamente vulnerables como una pompa de jabón...

(Mete las manos sobre las cavidades de las verduras, arranca y mezcla las cáscaras, las semillas y restos con gestos obscenos y agresivos.)

Desflorados y abiertos sin misericordia en su pulpa...

Seres como del odio de dios arrojados fuera de la vista del mundo decente por ser la escoria, el pedazo sangrante, la llaga roja y viva, las semillas deformes, secas, de la vida...

(Descansa y arma, arregla de forma coqueta el resultado en la palangana.)

En fin, todo lo que se ve en el mundo en todas las esquinas, pero en extracto, como pasado por un enorme colador y aquí en el circo Las Ilusiones, para el disfrute del ojo siempre perverso de lo humano.

(Toma el vinagre y lanza un chorro desproporcionado. Lo mismo con el aceite.)

Que es nuestro negocio.

(Observará contenta el resultado. Se arreglará un poco, se limpia las manos, se quita el delantal.)

¡Qué tiempos! Cada cual tenía su jornal, cada cual podía ahorrar, reinvertir en el negocio y si las cosas iban bien, ¡hasta jubilarse!

Ahora no, se le asestó un golpe mortal al gremio, ahora ya no podemos elegir ni siquiera a los que nos explotaban.

¡No tenemos libertad ni tan siquiera para elegir a la locura!

(Socarronamente ríe y escupe con rabia sobre los materiales.)

Que siempre fue una aliada en tiempos de crisis, está de más decirlo...

Una fuente de inspiración...

(Maliciosamente en aparte.) Reiterativa...

(Escupe por segunda vez, dando punto final a su preparación.)

¡Qué tiempos!

(Con leve giro nostálgico)

Cayeron los Genéticos... y los Psiquiátrico... pobres, que dios los asista.

Solamente quedamos los de la Pituitaria... y algún que otro Accidentado.

¿Lo recuerdas Gloria?

"Ustedes sí que tienen suerte -nos dijo El Arcángel Gabriel, un sietemesino con cara de perro - a nosotros nos llevan de Las Ilusiones, al quirófano, y de allí a un laboratorio de recuperación."

(Se dirige cansadamente con la palangana hasta donde está la caja de madera, deposita la palangana en el suelo frente a la puertita disimulada.)

Lo fui a ver cuando le practicaron su lobotomía, y lo vi después cuando ya nunca más podía ser El Arcángel Gabriel.

Le habían quitado su dignidad de monstruo, el hocico y las orejas; era apenas un ángel viejo y desplumado pidiendo limosnas por las calles.

Todo muy lamentable... en fin...

(Empuja la palangana que penetra en la caja a través de la puertita.)

Ensalada a la Cornelia de Longue... ¡La cena ya está pronta!

(Hacia la caja)

Todo muy fresco, liviano y sin grasas como a ti te gusta, mi querida. Te sentará bien. El régimen y esas cosas, para un estómago delicado.

(Parece recordar algo.)

Ah, me olvidaba...

(Se dirige otra vez hacia la mesa, busca un tenedor, lo limpia con el delantal sucio, vuelve hacia la caja, deposita el tenedor en el suelo y lo empuja con el pie hasta que atraviesa la puertita.)

Nunca debemos olvidar los buenos modales...

Espero que te aproveche.

Siempre te gustaron mis ensaladas...

¡Cómo me convenciste para que te las hiciera!

Con tus artes de bruja, claro... y yo tan feliz...

Era la primera vez que alguien me pedía con dulzura, hacer algo que yo sabía. No podía ni creerlo. ¡Tan linda, tan normal y mis ensaladas te encantaban!

(Atisba con rabia a través de la mirilla.)

¡No hagas esos ruidos espantosos cuando comes!

¡Sabes que no puedo soportarlo!

¡Y no te escondas en lo oscuro del rincón, te estoy viendo!

¡Vamos, mantente derecha, no escondas la joroba!

¡Eso no le queda bien a una mujer de tu clase!

(Retoma con sorna)

"No importa cómo eres - me decías - lo que importa es siempre comportarse como una dama. Eso es lo que los hombres buscan, una mujer con gracia. Con magia. Una mujer refinada..."

Y me dabas clases de repertorio bajo la luz de la luna...

"Que si cómo sentarse sobre un loto dorado..."

"Que si cómo manejar el cuchillo para cortar una rosa..."

"Y no vaya una a toser y secarse los mocos así como así con el mantel de la mesa, dejando todas las porquerías..."

¡Eso sí que no, no está permitido!"

Yo me sentía como una princesa en su clase de canto, o mejor como un cocodrilo haciendo los votos para la primera comunión.

¡Qué desubicada, dios mío, y el mundo giraba alrededor con todas sus estrellas y allí estabas tú con tus enormes ojos azules y perfectos!

(Atisba otra vez por la mirilla)

¡Pero qué es esto! ¡Qué enchastre haz hecho!

¡Cómo se te ocurre llenar de escupitajos nuestra caja de concentración!

¡Ahora todo el mundo se va a enterar quién realmente eres, una cerda amaestrada!

¡Una loca de jaula!

Recuerdas eso, mi querida lo de "la loca de jaula"... No puedes haberlo olvidado.

(Ríe bajito. Se aparta serenamente.)

Yo sí me acuerdo. Con lujo de detalles.

¿Quieres que te lo recuerde? ¿No? Bueno, yo también... hoy estoy un poco nerviosa, ya te habrás dado cuenta...

(Toma una de las muñecas que están alineadas en el suelo. Dialoga con ella. La anima.)

Es por las variaciones que se te ocurrieron para el espectáculo de esta noche.

Sucede que no me aprendí la letra todavía y eso me saca de las casillas. ¿Sabrás perdonármelo?

Tú siempre preocupándote por mi espectáculo... Mi querida...

Me disculpo, por supuesto. Como siempre...

¡Dije que me disculpo! ¿Me perdonas? Bueno. Pero no le vayas a decir nada a ella (Por la caja) que no se entere. Desconfía y disimula.

Sobre todo disimula y ahora que no nos ve... ni nos oye, voy a contarte algo...

Ven aquí, mi querida Gloria... ¿sabes una cosa? Te tengo tanta confianza que te voy a decir algo que ni a una hermana se lo diría...

¿Estás pronta?

¡Soy rica! ¡Así como lo oyes, rica!

Te lo cuento a ti porque si no ¿a quién se lo voy a contar?

Guardé todo lo que trabajé desde niña. Escondí el dinero, lo tengo todo junto y aquí (Se toca el pecho en el lugar del corazón) en el cofre grande que me dejó mi madre, el que tiene los dragones con ojos de nácar.

Es una montaña de dinero. ¡Si vieras qué cantidad es!

Pero no se lo vayas a decir a nadie, Gloria. Que nadie se entere. ¡Shht!

(Aparte y tomando otro muñeco. Animando un diálogo entre ellos.)

- ¿A que no sabes lo que vi esta noche, Adán?
- No, mi amor, cuéntame.
-¡Una mon-ta-ña-de-di-ne-ro!
-¿Y de quién era esa mon-ta-ña-de-di-ne-ro?
- De la Monstrua Peluda.
-¿La loca de jaula? ¡No puede ser!
-¡La muy infeliz lo tiene todo escondido en un cofre adentro del carronato!
-¡Sólo a un subnormal se le puede ocurrir tamaño disparate!
- Vamos a ver cómo se lo robamos.
- Exacto. ¡Vamos a robárselo! Es tan boba que ni se dará cuenta.
- Y después nos escapamos de este circo de monstruos.
- Tú y yo solos, mi amor y el mundo por delante...
- ¡Con una mon-ta-ña-de-di-ne-ro!

(Comienza banda de música con variaciones de viola.
Aparte y en tono ausente lento. Los muñecos atienden juiciosos.)

"Era un gran cofre que habían traído de la China.
Todo de madera y con incrustaciones de nácar.
Tenía dibujado un paisaje extraño:
Una montaña, un río y árboles con flores y dragones rojos.
Había nubes en el cielo y unos signos raros.
¿Qué querían decir aquellos signos? Nadie lo sabía.
Fueron convocados todos los sabios y artistas del reino.
Y no hubo uno que supiera...
Hasta que vino un poeta muy viejo y dijo:
"Este es el Cofre del Deseo y habrá que cuidarlo mucho.
En su interior hay una semilla, que es la semilla del árbol del Futuro.
Sólo los ciegos, los tullidos y los locos la pueden ver.
Sólo ellos podrán plantarla en la tierra y cuidarla para que fructifique."

Así que te cuento que no hubo cofre más hermoso.
Ni tesoro más precioso que el que guardaba;
Pero como nunca hubo en el reino ciegos ni tullidos ni locos,
pues los habíamos matado al nacer.
No hubo árbol, ni Futuro,
nunca se vieron en el reino esos frutos...".

(Termina banda de música. Los muñecos se agitan y chillan.)

- ¡No! ¡No! ¡Puras idioteces de viejas! ¡Yo lo que quiero es el dinero de esta bruta que está aquí en el cofre!
-¡Es mío, me pertenece, yo lo robé y ella ni se dio cuenta!
-¿Para qué le puede servir el dinero si ni sabe qué hacer con él?
A ver. ¿Para qué?
- Nosotros sí sabemos qué hacer con él. ¡Si sabremos! (Risas)

- **No somos como ella unos monstruos que tienen que ocultarse con la luz del sol.**

-**¡Nosotros somos hermosos, perfectos! ¡Todo el mundo nos ama!**

-¡Y queremos disfrutarlo!

-¡Dame ese dinero que está aquí!

-¡Dámelo ya mismo, es mío, yo me lo robé!

-¡Que me lo des, monstrua peluda, si no te mato con el cuchillo!

(Coloca su mano en la boca de unos de los muñecos a modo de mordaza.

Los muñecos se aquietan. Hacia la caja. Con tono grave.)

Estaba detrás del toldo de los vestuarios, zurciendo unos calcetines de Jaime... Y lo había escuchado todo...

(Retoma desalentada otra vez con los muñecos.)

Pero no podía creer lo que oía.

Me iban a robar.

Los dos seres que más amaba me iban a robar.

Me iban a traicionar...

Y la noche estaba tan serena, tan oscura con sus racimos blancos de estrellas...

Había olor a jazmines de verano y una brisa leve agitaba los toldos dormidos del circo.

Entonces vi por segunda vez en mi vida aquella imagen rara.

Por detrás de un cerco se perfilaban los cuellos largos de dos jirafas.

Lentamente, muy lentamente, se entrecruzaban, se mecían,

arriba abajo, tan tristes en su abrazo enamorado...

Aquellos cuellos roncós que no podían hablar... tan cerca de dios, y que no podían estrecharse... ni rezar.

(Con cambio de tono. Alucinada. Toma una de las piernas de un muñeco.)

Y me dejé robar.

Hice como que no me di cuenta.

Lo vi todo:

Cuando entraste en mi cuarto y hurgaste en el cofre...

El tiempo que te tomó cargar en un bolso...

Adán que te esperaba impaciente fumando cerca de las jaulas de los monos...

(Arranca la pierna del muñeco con un movimiento suave y perfecto)

Pero yo, para ese entonces ya tenía otros planes...

(Toma un brazo del mismo muñeco.)

He sabido siempre esperar. La paciencia es parte de mi oficio.

(Arranca el brazo del muñeco con igual gesto. Pensativa.)

El banquito.

Me pasé la niñez y la adolescencia sentada en un banquito rojo.

Como una estatua de sal en un rincón iluminado.

No tenía nada más que sentarme y estar así horas y horas.

Muda y como muerta.

(Toma el otro brazo del muñeco)

Por supuesto, siempre frente a Hansel y Gretel... que eran con quienes compartía el show.

(Arranca el brazo con un cambio irónico)

Un par de siameses viejos unidos por la cadera a los que disfrazaban de tiroleses.

Pelucas amarillas de lana y unos gorritos con pluma.

Todo en verde y suavcito de paño lenzi... con bordados.

(Levanta el muñeco por su única pierna y anima al otro que parece asustado.)

Estaban tan hartos de hacer de Hansel y Gretel, tan hartos de envejecer con las trencitas y las canciones aquellas que cantaban en alemán... y que nadie entendía.

(Gira la cabeza del muñeco amputado.)

Que un día uno de ellos se suicidó.

(Parece no gustarle la forma como quedó y le mueve la cabeza para atrás.)

Dejó de comer.

Había que ver aquella cara verde y cayéndose.

Hasta que se murió.

(Gira completamente la cabeza del muñeco. El otro llora asustado.)

Quedó colgando del otro...

Una semana pasó Hansel con aquella cosa colgada y pudriéndose.

Hasta que también él se pudrió.

Sin decir nada. No dio explicaciones. Un jueves...

(Levanta los dos muñecos de manera conjunta, unida por la cintura.)

De todas formas nadie entendía aquellas canciones raras.

Y mucho menos aquel cuerpecito muriéndose, una parte de hambre y la otra de silencio en un solo corazón.

(Los baja y los arrulla en su seno)

No llores, mi amor, cuando amanezca verás que sólo ha sido un sueño.

No te preocupes. Es mentira todo.

Incluso el sueño de la mentira con sus alas negras en medio de la noche.

Ya va a pasar todo.

Cuando amanezca...

(Deja los muñecos arrojados cuidadosamente en un costado. Se incorpora en otro tono. Con giros. De un costado al otro.)

No dormí midiendo cuidadosamente mis fuerzas.
Tuve que atravesar una inmensa distancia, la oscuridad que iba de esa noche al día siguiente.
En algún momento supe lo que tenía que hacer.
Tomé una tenaza...
Y...

(Pausa.)
Nadie me vio cuando entré en la pista.

(Avanza titubeante. Mira hacia los costados y arriba, como sonámbula.)
Estaba todo extraordinariamente callado allá adentro.
Y allí estaba, meciéndose solitario en lo alto, apenas iluminado por las primeras luces del amanecer... El trapecio...
(Gesticula en unos movimientos secretos con las manos.)
Hice lo que tenía que hacer con mi venganza y le di su oportunidad a la tenaza.

(Sigilosamente. Hacia la caja)
Y nadie se dio cuenta.
Después de todo era sólo una sombra en medio de las sombras al borde de la noche.
Yo sabía que ustedes planeaban huir pero...
Era sábado...
Hubiera resultado para todos muy sospechoso que ustedes nos abandonaran el día del Negocio.

Así que yo hice como que no me había dado cuenta.
Ustedes entraron en confianza, se tranquilizaron y todo salió bien.

(Cambia de actitud. Con soltura y disposición.)
Estuve contenta todo el día y a las risas... le di de comer a los monos...
Preparé mi traje, le hice la ensalada a Gloria y maquillé a Jaime antes de tiempo...

(Hacia la caja)
Como hoy, mi querida, ya hace rato que maquillé a Jaime, para que no te preocupes...
(Con sorna) Ni desconfíes...

(Suenan unos acordes en preparación de fanfarria de circo)
¿Escuchas? Ya va a comenzar, hay que prepararse.
Faltan apenas unos minutos para que comience.

(Se dirige hacia unos telones que a modo de bastidor ocultan unos trajes.
Se quita la túnica roja. Toma una serie de aditivos blancos con los que irá armando un espectacular vestido de novia.)
Ante todo, actitud profesional, el público ya está entrando.
¡Ya pagó la entrada el muy maldito!

(Va hacia la caja y le quita el candado a la puerta grande)

Ya está. Ya puedes salir para prepararte.
Espero que te hayas concentrado lo suficiente.
No sé cómo te las ingeniarás para ponerte el soporte...

Pero en fin, ese es tu problema.

Y el bastón... el de las agarraderas de alambre... con el gancho que te sujeta la cadera...

Que no se te olvide para que no te caigas.
(Muy suelta va hacia la mesa mientras se arregla. Saca un espejo. Hace espacio en medio del caos de las verduras y se sienta en la silla.)
Mi maquillaje.
Cosa muy importante por supuesto... Parte del efecto...

(Saca una polvera y se empolva. Luego saca un lápiz de labios y comienza a pintarse agresivamente los labios y los pómulos de rojo muy marcado.)
Las dos salimos después de la entrada triunfal, pero tú sales la última...
Eres el plato fuerte. No se te olvide.

(Hacia la caja muy imperativa.)
¡Que no pase como la otra noche, que de la vergüenza que tenías no te animabas a salir y el público empezó a chiflar!

(Continúa recargando con el maquillaje y en aparte irónico.)
Claro que después fue genial cuando entraste arrastrándote...
La orquesta entendió y te apoyó con los redoblantes...
¡Cómo aplaudían! Lo reconozco.

(Termina con la pintura. Contenta por el efecto)
¿Suficientemente patético?
Espero que sí.

(Retoma otra vez la banda de música, esta vez más fuerte y avanzando hasta el final.
Cornelia arregla su traje. Con entusiasmo.)
Que no se te olvide apagar las velas... por el riesgo a los incendios, mi querida... o cualquier otro tipo de accidentes...

(Toma distintas colocaciones, se prepara para su salida triunfal.)
¡Quién dijo que todo lo que empieza mal termina mal!

Ya entran los caballos con los jinetes... ¿Los escuchas?
Ya entran los domadores, los payasos y los tigres...
Ya salen los tragafuegos, los magos y los trapecistas...

Ahora es nuestro turno...

¡En toda historia hay siempre un lugar para la venganza, que es lo mejor que le puede pasar a la justicia!

Aquí voy... vamos Jaime, mi amor, ven a mis brazos...

¡Hacia delante!

¡Vamos siempre hacia delante!

(Sale con apoyatura de banda de música en zenit.)

Fin de Cornelia de Longue: LA MONSTRUA

Ariel Mastandrea